El Príncipe D. Juan no pudo aguantar más la risa, al ver el celebrado yelmo, y D. Lucas para disculparle hubo de decir que su sobrino padecía esa risa que llamaban sardónica, y que le acometía á lo mejor sin motivo; pues el cervantófilo, que se sabía de memoria el Quijote, se acordó de las malas pulgas del caballero y del golpe de lanza que valió en las costillas á Sancho el haberse extralimitado en la espantable aventura de los batanes.

Anhelaba D. Lucas que se alzaran los manteles y se marchara su sobrino para quedarse á solas con D. Quijote; pues le quería consultar algunos puntos obscuros de su historia, escrita por Cide Hamete, y someter á su aprobación el nuevo Buscapié; pero el Príncipe se anticipó á los anhelos de su tio, porque quiso ir al Veloz-Club á referir á sus amigos la extraña locura del huésped, y combinar con ellos algunas nuevas burlas; así que se despidió del caballero, no sin mandar que se le guardaran cuidadosamente en la caja el yelmo y el tridente neptuniano.

Viéndose D. Lucas á solas con el de la Triste figura, le llevó á su despacho y allí le hizo sentar en un diván y mirándole de nuevo y remirándole, para asegurarse más de que era el propio D. Quijote, le tomó juramento de no contar á nadie lo que iba á leerle y consultarle, y sacando un gran libro de su biblioteca y luego el manuscrito del flamante Buscapié, sentóse á su lado, calóse las gafas de oro y comenzó á referir y leer lo que más adelante se verá.

CAPITULO XII

De la grave y acalorada consulta que celebró el cervantófilo D. Lucas, con el auténtico D. Quijote de la Mancha, y de la Embajada que recibió éste.

Dios sea loado, dijo D. Lucas, de haberme traído esta propincua ocasión de confrontar con el mismo D. Quijote en persona, para preguntarle algunas cosas escondidas de la crónica que de sus aventuras escribió Cide Hamete Benengeli, al decir del preclaro autor del Pérsiles y la Galatea. Y la primera es si son ó no ciertas las interpretaciones que de ese libro hicieron Bouterwech y Sismondi, suponiéndole demostración del inacabable combate de la poesía y la prosa del alma; ó Fóe, creyéndole una sátira contra el Duque de Medina Sidonia; ó el discutido Buscapié, de ser relación ridícula de las empresas de Carlos V; ó el mismo Cervantes de no ser otro su deseo que el de poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías.

No es fácil averiguar, respondió D. Quijote, los pensamientos secretos de los autores de libros; cuanto más que á las veces descubren unos para encubrir otros; pero por lo que yo sé de esa crónica, nada tiene que ver con la guerra de la poesía y la prosa, que ignoro cuándo se haya declarado, ni donde se libren sus batallas; ni con el Emperador Carlos V, que no tuvo de ridículo en sus empresas, sino de alto y glorioso, aunque cometió el pecado que le marchitó sus laureles de no acudir al desafío de los reyes de Francia é Inglaterra, por vil consejo del Duque del Infantado y por una miseria de maravedi-

ses que el de Francia le debía; como si por deber se dejara de ser caballero y se tuviera el honor en entredicho y solo los ricos que pueden pagar fueran dignos de usar los fueros de la caballería. Y añado más, y es que tampoco sería el pensamiento de ese moro que escribió mi crónica desterrar los libros caballerescos, escribiendo otro de donaire y burla contra ellos; pues, si se lo propuso, le resultó al revés, y es que lejos de desterrarlos, en éste se han resumido y perduran todos ellos y en mi fama se van condensando y trasmitiendo todas las glorias de los caballeros andantes. Creo mejor que, si aquella fué la idea declarada del moro socarrón que me tocó por cronista, la escondida, era ni más ni menos que desfigurar mis hazañas y contrahacer mi figura de caballero cristiano, como hacen todos los moros en sus crónicas, cuando de nosotros se trata; pero que me ha hecho sin querer merced en vez de agravio, como se hace al sol poniendo por delante de los ojos vidrios ahumados para mirarle: porque así se le puede ver en su redondez, sin que cieguen los rayos de su lumbre; que tal ha sido el esplendor de mis hazañas, que vistas de frente y sin esos ahumados vidrios, ninguna humana persona habría podido mirarlas ni comprenderlas, y á través de las burlas y desfiguraciones de ese moro cronista mío, todos en las cuatro partes del mundo me ven, consideran y admiran en mi grandeza; adivinando por natural intuición lo que mi cronista ocultó, y separando de mi figura los falsos aderezos de que vistióla.

¿De manera, replicó D. Lucas, que de este libro hay que quitar las burlas y donaires de que se rodea á vuestra persona y á Sancho, y creer que fueron gigantes los molinos y ejércitos las ovejas y las ventas castillos y princesas las maritornes y verdadera la ínsula que gobernó Sancho, é hipógrifo Clavileño y el mismo Rocinante fogoso caballo como el de Bayardo?

Así lo eran realmente, interrumpió D. Quijote; sólo que no á todos parecían tales, por las mudanzas que los encantadores producen en las cosas más reales y de que somos víctimas muchas veces los andantes caballeros.

El caso es, añadió D. Lucas, que no hay quien crea en esos encantamientos, ni en duendes, hadas ni brujas, y ya se burló muy donosamente de ellos Wieland en su Don Silvio de Rosalva, que por ser posterior á la fecha en que á vuesa merced le acometió aquella calentura y cayó en catalepsia, no conocerá ni habrá oído nombrar.

Ni le he oído, ni le creo más que un embaucador, respondió el caballero; porque negar los encantamientos y las hadas y los duendes, en estos tiempos en que ellos andan sueltos por todos lados, según he visto en el palacio de Villacañas y en mi viaje sobre el dragón y veo ahora mismo en esas carrozas grandísimas y pesadas cargadas de gente, que corren solas y sin caballerías que las arrastren, con un largo y delgado brazo de algún duende escondido, que se agarra á un grueso alambre que va por cima, es negar la evidencia y querer comulgarnos con ruedas de molino.

Esto dijo D. Quijote, porque, estando cerca del balcón, acertó á pasar por la calle un tranvía eléctrico con su *trolley*, y lo vió y se asomó á los cristales para observarlo, creyendo que el *trolley* aquel era un largo y descarnado brazo, que lo llevaba suspendido y en volandas.

Tiene razón vuesa merced, respondió D. Lucas; que tales cosas se ven en estos tiempos que no parecen humanas, sino de otro mundo y de otros poderosos é invisibles séres, y yo por eso defiendo al moro Cide Hamete y á Cervantes, que transcribió su crónica: porque, si á las demás personas parecieron las cosas como él las cuenta, aunque fueran como vuesa merced las vió, no es mucho que aquél las relatara como parecieron á la mayoría y no como en sí fuesen, no viéndolas así sino vuesa merced; ya que las historias se han de referir según el universal asenso, tradición y testimonio de la mayor parte de los que presenciaron los sucesos, siendo testigos idóneos.

Nó, repitió airado D. Quijote; que si la historia es luz de la verdad y maestra de la vida, como yo he leído en mis mocedades en Cicerón, ha de reflejar la verdad misma en sí, y ser lo

que la aclare cuando á los demás parezca enturbiada ó desfigurada, y en vez de dejarse llevar del común sentir, erróneo á las veces, adoctrinarlo y dirigirlo, á guisa de maestra que enseña y corrige. Así que esa mi historia no es historia, sino tejido de desfiguraciones y mentiras, y voto á tal que, si yo cogiera vivo al moro que la escribió, había de desollarle, para que no jugase más con la honra y la fama de caballeros andantes.

Por eso, respondió D. Lucas, he querido yo hacer otro *Buscapié*, diferente de aquel que compuso y quiso pasar por auténtico D. Adolfo de Castro, y cuya falsedad tuvo que descubrir el extranjero Ticknor, más cuidadoso de la pureza de las Letras patrias y más enterado de ellas que los de casa. Y ese nuevo Buscapié es el que quería consultar á vuesa merced, por si le parece bien que lo dé á la estampa.

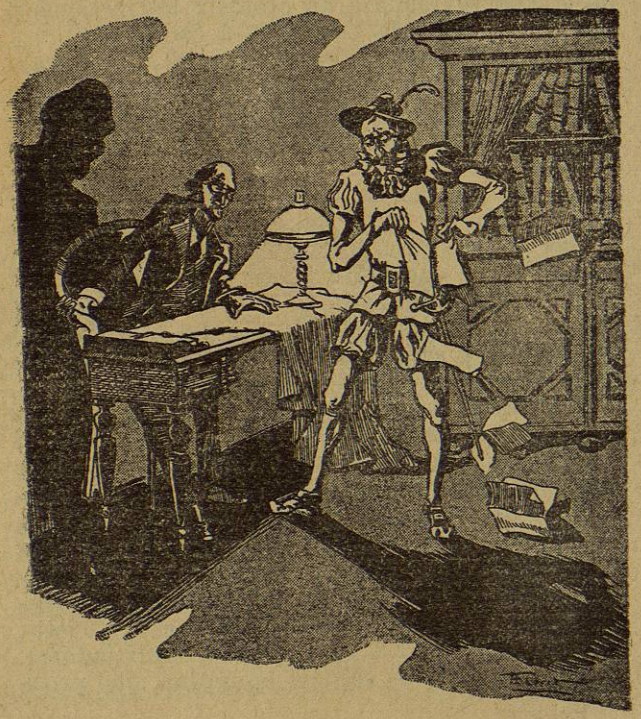
Veamos qué es ello, dijo D. Quijote, y tomando D. Lucas su manuscrito, comenzó á explicar que él suponía allí que había cierto caballero con una enfermedad á la vista, que le hacía ver siempre las cosas mudadas, y que así trocaba los colores como las figuras; y fundado en eso porfiaba él ser cierto lo que veía y contaba, y porfiaban todos los demás que esos eran embelecos y mentiras. Este tal caballero leyó el libro aquel del Ingenioso Hidalgo y lo que en él se descubre que eran ventas él lo veía propiamente castillos, y los que en aquel resultan ser molinos él los veía como D. Quijote gigantes verdaderos, y lo mismo todo lo demás; resultando que bien podía D. Quijote estar enfermo de la vista y no del entendimiento, como el caballero que todo lo veía como él, y que tenía su juicio sano, aunque su retina trastornada.

Este, dijo D. Lucas, puede ser el verdadero Buscapié, ó sea, la disquisición y averiguación de la causa de las aventuras de esa crónica, vista de tan diferente manera, para demostrar esas mudanzas; y por eso, pongo en mi libro un capítulo, como olvidado de incluir por Cervantes en su obra, cuyo epígrafe dice: «De la rara aventura que aconteció á D. Quijote con una

bandada de gorriones, que vió ser dragones alados.»

Alto ahí, seor bellaco, exclamó D. Quijote sin poderse ya contener, que no habeis podido imaginar hermenéutica más disparatada y más ajena á la verdad que pretendéis descubrir: porque ni yo estuve jamás enfermo de la vista, ni gasté gafas siquiera, sino que la tuve siempre muy certera y sútil; ni vuestro imaginado y enfermo caballero podía, de leer solo, mudar las cosas que leía en otras, sin verlas con sus ojos, si la enfermedad era de éstos y no de su magia. Y eso de los gorriones digo que es falso y gratuito: porque yo he cazado muchos en mis madrugadas y puéstolos en mi percha, sin creer jamás que llevara colgados racimos de dragones ningunos.

Acobardóse D. Lucas con las voces y adema-



nes de D. Quijote, y éste le cogió el manuscrito y lo rompió en pedazos, y hubiera pasado á más si en aquel momento no hubiese entrado el Príncipe D. Juan, que venía del Veloz-Club, y que puso paz entre los alterados disputantes, enterándose del caso y dando la razón á D. Quijote.

Cálmese vuesa merced, dijo el Príncipe, que yo quiero ser juez en esa disputa. Este caballero, hizo bien volviendo por los fueros de la verdad histórica y de su propia fama, que usted mi señor tío, sin querer, alteró y puso en nueva confusión y entredicho; que muchas veces los que más saben caen en los lazos más peligrosos: porque ¿cómo habían de ser engendros de sus ojos todas las visiones que se cuentan en su donosa crónica, cuando los tiene tan sanos y penetrantes que las águilas se los envidiarían? ¿Y qué Buscapié es ese que en aquello se funda, ni qué aventura es esa de los gorriones que pudo quedar olvidada á un cronista tan perspicaz, que vió convertida en liebre á Dulcinea?

¡Sobrino! ¡Sobrino! gritó fuera de sí D. Lucas; ¿ahora te vuelves contra mí, tú que fuiste el que me sugirió ese episodio de los gorriones, cuando yo andaba buscando algo que encajara en mi Buscapié?

Lo que yo veo de todo, interrumpió D. Quijote, es que el Sr. Príncipe tomó también de burlas mi persona y hazañas, y á fé que, deseando estoy encontrar á uno que responda por el moro Cide Hamete de aquellos donaires, y si vos, Sr. Príncipe D. Juan, sois ese, decidlo de una vez y salgamos á campo raso, yo á vengarlo, y vos si podéis á mantenerlo.

Tan lejos estoy de ello y de haber querido amenguar el brillo de vuestro nombre, dijo el Príncipe, que ahora mismo os traía á presentar una Embajada, que viene del Real Palacio, para haceros todos los honores y acompañaros á visitar esta gran ciudad y las Américas que nos quedan, después de los descalabros sufridos desde los tiempos del Rey D. Felipe II hasta nuestros días; y si me concedéis para esto vuestra venia, voy á decir á esos señores Embajadores, que en uno de esos salones aguardan, que pronto apareceréis ante ellos, para que cumplan su cometido.

Ahora mismo, dijo D. Quijote deponiendo su enojo y orgulloso de verse considerado como un monarca, y dejando á D. Lucas que recogiera y viese de componer los pedazos de su Buscapié, por el suelo esparcidos, salió con el Príncipe á recibir aquella Embajada.

Formábanla varios amigos del Príncipe Don Juan, salidos del Veloz-Club con tal objeto, y disfrazados en la casa misma de D. Lucas con los más extravagantes trajes y mantos escarlata de la guardarropía del Real; y, puestos en pie y adelantado gravemente hacia D. Quijote cuando le vieron asomar, hincaron los hinojos ante él, y después de levantados, por ademán y merced del caballero, uno de ellos le dijo que de parte de S. M. el Rey, que á la sazón allí reinaba, estaban encargados todos de saludarle como á vencedor de Suero de Quiñones, y honra y prez de la andante caballería; rogándole que con ellos, en traje de calle y fuera ya de ceremonia, visitara los lugares y monumentos más célebres de aquella Metrópoli, y sobre todo las Américas que nos quedaban y las pusiese con juramento de caballero bajo la protección de su espada.

Contestó D. Quijote que él agradecía á S. M. aquella muestra de magnanimidad y cortesanía; que sí visitaría esos monumentos y lugares, y que en cuanto á las Américas que nos quedaban él juraba que nadie osaría contra ellas, y que seguirían siendo de la corona de España, con la sola salvaguardia de su lanza; pues que espada no tenía hasta que hallara ó ganase otra digna de su brazo.

Entonces el principal y cabeza de la Embajada dijo que otra muy grave y peligrosa protección tenía que pedir al caballero en su propio nombre y el de la Ciudad toda, y era que ésta hallábase aterrada por cierto moro llamado Otelo, que imponía en ella su voluntad rechinando los dientes y haciendo gala de sus membrudos brazos, llegando el espanto á tal que se temía ahogase á una hermosa Princesa, á la que había confiscado y hecho su esposa á la fuerza,

y de la que había concebido horribles y espantables celos, por cierto pañuelo que se le había perdido; cuya Princesa se llamaba Desdémona y era la más divina y tierna criatura que había debajo de las estrellas, exclusión hecha de Dulcinea del Toboso.

Prométoos, exclamó D. Quijote, que he de libertar á esa hermosísima Princesa del cautiverio en que la tiene ese ogro, aunque rechine los dientes más que Panurgo; aunque sea más feroz que Rodomonto, y aunque tenga más fuerzas que Hércules; y sólo os pido que, así que se realice esa hazaña, vayais á la Patagonia donde está Dulcinea en guerra con otros gigantes, y le contéis el combate singular y extraordinario vencimiento de ese mónstruo, que aterra á todo este reino, y que no ha podido ser vencido por nadie todavía.

Sí lo haremos, respondieron ellos, y fuéronse á mudar de traje y á despojarse en el departamento del Príncipe de sus mantos de ceremonia, para acompañar á D. Quijote á recorrer la Villa y sus monumentos.

Tomaron dos coches, encaminándose á las Caballerizas Reales, y en ellas quedó admirado Don Quijote de ver tantos y tan buenos palafrenes, diciendo solamente que, ó sobraban caballos, ó faltaban allí caballeros. Luego fueron á la Armería y al ver tantas y tan diferentes armas, maravillóse también, echando de menos los guerreros. Y de allí se encaminaron al Museo Naval, donde se conservan otras armas y cascos y coseletes, y además los modelos en pequeño de nuestros barcos de guerra.

Esa es nuestra escuadra Invencible de ahora, dijo el Príncipe mostrándoselos, y D. Quijote se asombró de que tan minúsculos juguetes pudieran ser nuestra única fuerza marítima y llamarse invencibles y señores del Océano.

De allí marcharon á recorrer las Américas que nos quedaban. La admiración del caballero subió de punto al ver que eran una parte del Rastro, con tantos viejos muebles, ropas y libros usados, armas de hierro enmohecido y cacharros y utensilios de toda clase, deshecho de todas las viviendas y escoria de toda la ciudad, que se le acongojó el corazón.

¿Cómo, Señores míos, exclamó con voz conmovida; es esto lo que nos resta de aquel vastísimo continente que Colón descubrió y ganaron para la corona de España Pizarro y Cortés, y tantos invictos capitanes, y que rodeó hasta el Pacífico Vasco Núñez de Balboa, tomando posesión con su caballo de la inmensidad de aquel mar, bañándolo hasta los corvejones en sus olas?

Esto es, Señor D. Quijote, lo que nos han dejado, dijo el Príncipe emocionado también, á pesar de haber dispuesto aquel paso burlesco. Y D. Quijote se arrodilló ante aquel mundo de bártulos inservibles y, poniendo la mano sobre el corazón, exclamó:

¡Yo juro, en estos menguados restos de nuestra grandeza, en estas espadas rotas y cascos enmohecidos, que sin duda son de aquellos esforzados capitanes, devolver á España sus dominios del Nuevo Mundo, para que esas diez y ocho Españas que en su extensión hemos perdido, se junten al eco de un habla sola, y palpiten al unísono de un corazón, y formen la gran raza hispano-americana que fué señora del mundo!

Y los burladores del Veloz-Club que habían ayudado á aquella cómica escena, sintiéndose españoles también, tomaron por lo serio la ceremonia y con las lágrimas en los ojos y la rubor en las mejillas, se abrazaron al caballero y le alzaron del suelo en que hincaba la rodilla, y le dijeron: ¡Verdaderamente que sois el noble y admirable D. Quijote de la Mancha, y que si no hubiérais estado aletargado tres siglos, no nos hubiese acontecido tan grave y bochornosa caída!

Despierto estoy ya, respondió el caballero, y en una noche de velar se hace más que en tres siglos de dormir. Pero ved que perdí mi espada y que hé menester otra para mis empresas, y esa que miro ahí debe ser la de Hernán Cortés, cuando quemó las naves y se quedó con ella no más para morir ó vencer en medio de un país enemigo. Y, descolgándola de un clavo en que estaba prendida, se la ciñó llena de moho; pagándola el Príncipe y saliendo todos de allí pesarosos de la broma.